



Anticapitalistas

Marxismo y populismo

Marxismo y populismo

- **Material básico:** documento que sigue.
- **Material para ampliar:** video de Brais y Jaime en la universidad de verano Anticapitalista: <https://www.youtube.com/watch?v=ALeR3xlGbu0>.

1. ¿Por qué discutir con el populismo en el período histórico actual?

Enlazando con la discusión de Estrategia Revolucionaria, un elemento que caracteriza a nuestra corriente es el trabajo en base a hipótesis revolucionarias, propuestas de toma del poder a medio-largo plazo que se van reevaluando y transformando en base a la experiencia concreta, en lugar de trasladar mecánicamente experiencias pasadas sin atender a la coyuntura concreta del momento. Por ello, es fundamental la discusión con otras hipótesis para el enriquecimiento de la nuestra, aunque no nos identifiquemos plenamente con ellas (por ejemplo, el caso del nacionalismo revolucionario). En particular, los procesos latinoamericanos y la estrategia populista es actualmente uno de los casos más ricos con los que discutir de cara al proceso que vivimos hoy en el estado español.

Esto es así por varios elementos. Las clases trabajadoras del estado español sufren una fuerte crisis de identidad en la que la conciencia de sí misma como sujeto político está profundamente debilitada. Esto se debe en parte a fenómenos objetivos: desde la crisis de finales de los años 70, el neoliberalismo creciente ha fragmentado a los trabajadores, tanto en la esfera del centro de trabajo a través de la subcontratación de servicios, como a nivel mundial a través de la globalización que acentúa la división internacional del trabajo y traslada la dinámica de competición más allá de las fronteras estatales, mermando la capacidad de autoorganización y de reconocimiento como sujeto unificado. Asimismo, existen otros fenómenos subjetivos: desde la caída del muro de Berlín, el capitalismo se erige triunfante como única opción no-totalitaria, barriendo de la historia las experiencias positivas de todo el Siglo XX, fomentando un concepto de política de mayor eficacia técnica frente a la política como confrontación de ideas e intereses contrapuestos; esto se materializa en el auge de un pensamiento posmodernista, que surge en los 90 cuestionando las grandes apuestas políticas de toma del poder, reduciendo lo posible a meras resistencias parciales, individuales en

muchos casos, al sólido capitalismo que pareciera que no puede ser derrocado, sino sólo bordeado por los márgenes.

Pero el capitalismo tiene sus grietas inherentes, y la dinámica de acumulación violenta del neoliberalismo entra en crisis a diferentes niveles, siendo los principales hitos la crisis en América Latina de finales de los años 90 y principios del 2000, así como la crisis financiera de 2007-2008. Sin embargo, debido al contexto descrito antes, aunque la gente reacciona ante la miseria y busca alternativas, la izquierda no consigue dar respuesta a este descontento.

Así, frente a las identidades rotas y deslegitimadas de la izquierda, son las apuestas que trazan otro tipo de subjetividades, más ambiguas y no relacionadas directamente con los conceptos de los revolucionarios del Siglo XX, la que consigue recabar mayores apoyos. Este es el elemento central del populismo: la definición de sujetos políticos que no tienen una correlación directa con las clases sociales, pero que precisamente por ello tienen mayor flexibilidad para adaptarse al sentir mayoritario de la gente en un momento concreto, aquello que se suele llamar “sentido común”. Se trataría de generar intereses confrontados entre un “pueblo” o sujeto “popular” y una “élite” y, en base a dicha confrontación, articular los proyectos políticos. Esto evidentemente tiene un coste político: el programa y la estrategia en torno a la cual se articula quedan en un segundo plano, dependientes de que configuración de sujeto es la más aglutinante en cada momento. Por ello, el populismo ha sido utilizado desde muchos prismas distintos: el populismo de izquierdas latinoamericano, basado en la soberanía nacional y ciertos elementos antiimperialistas; el populismo nacional de extrema derecha practicado por el UKIP británico o el Front Nationale francés; incluso existe cierta dinámica populista en el campo del independentismo en torno a la cuestión nacional.

En este debate nos centraremos en los populismos de izquierda.

2. Populismo y marxismo.

Analizaremos los encuentros y desencuentros del marxismo revolucionario y el populismo en tres cuestiones fundamentales: cómo se configuran los distintos sujetos políticos; la relación entre identidades políticas y el concepto de hegemonía; los liderazgos, el papel del Estado y el surgimiento de la dualidad de poderes.

2.1. Como decíamos, el populismo se centra en definir un sujeto político “popular” y disputar el “sentido común de época” erigiéndose como el defensor de aquellos elementos con los que la gente se identifica intuitivamente. Para esto utilizan el concepto acuñado por Gramsci de “hegemonía” desde un prisma fundamentalmente discursivo: hay que “resignificar” este sentido común lanzando un discurso alternativo, desde platós televisivos, ruedas de prensa, mítines, etc. Un primer problema que los marxistas criticamos de esta concepción de “crear hegemonía” es que no da “pasos más allá”, sino que se limita a trabajar con las ideas y prioridades ya existentes para la gente, las cuales se generan en un marco hegemónicamente capitalista y tienen grandes limitaciones por ello. Por ejemplo, en el estado español, el derecho a la autodeterminación de los pueblos, el ecosocialismo o incluso la necesidad de romper con el marco institucional existente no son parte del “sentido común” actual, de modo que quedarían excluidas de esta dinámica. Por el contrario, proponemos un “enfoque transitorio” (recordamos el taller de Estrategia Revolucionaria) que consiga ofrecer demandas entendibles que, llevadas hasta el final, entren en contradicción con estos elementos que no figuran en el sentido común.

Por otro lado, entendemos que el concepto de “hegemonía” es más complejo que una sencilla batalla discursiva sobre un “papel en blanco”. Por el contrario, existen contradicciones inherentes entre clases (taller de Introducción al Marxismo) que condicionan esta batalla. Esto no significa que rechacemos la construcción de sujetos políticos que no sean exactamente los que se corresponden con la clase trabajadora, lo cual sería una visión inmovilista ante la historia real. Se trata de articular sujetos políticos mixtos amplios (incluyendo sectores de clases medias y pequeños propietarios) con un discurso aglutinador pero que entre en contradicción con los pilares del modo de producción capitalista, de modo que la gente haga una experiencia no sólo de toma del poder político-electoral (que sería la óptica populista) sino también de cuestionamiento de los cimientos económicos de ese poder. Por ejemplo, ligar las ambiciones democráticas existentes con cuestiones materiales (acceso a la cultura, tiempo libre, tener las necesidades básicas cubiertas, etc.) es una forma de articular un sujeto político que en última instancia contradice la dinámica de acumulación capitalista actual, mientras que otros enfoques que sólo tocan la “renovación de la clase política” o la supresión de algunos privilegios para los cargos políticos (enfoque utilizado por Ciudadanos y, en parte, por Podemos actualmente) no pretenden avanzar las posiciones de la gente a la ruptura. Al no tomar en consideración las clases sociales subyacentes, los populistas tratan de disputar la “centralidad”, la capacidad de que la gente se vea reflejada en tu propuesta, a través de liderazgos individuales o nociones como “patria” o “democracia” en el sentido

anterior. Esto implica que los sujetos que construyen aúnan, en contradicción, clases diferentes y, por tanto, intereses contrapuestos. Si a ello le sumamos a la “estaticidad” de una estrategia que sólo disputa el “sentido común” y no va más allá, tenemos un sujeto que camina al estancamiento entre sus contradicciones internas. El ejemplo de Venezuela es muy característico: a partir de 2005, los intereses confrontados entre las clases trabajadoras, la boliburguesía y la burocracia empiezan a ahogar un proceso en el que son los intereses de las clases populares los que retroceden.

2.2. Esto último condiciona fuertemente el rol de los liderazgos en el populismo. Los intereses contrapuestos de ese pueblo “policlasista” tienen que ser conciliados por alguna figura de poder reconocida. Esto genera una identificación del proyecto con el líder y, consecuentemente, del propio pueblo con el líder. Esto es peligroso por dos razones. Por un lado, porque “concentra” el proceso en una única figura, ofreciendo una imagen “jacobina” del cambio en la cual una élite ilustrada “guiará al pueblo” al cambio, lo cual es contraproducente a la hora de desatar dinámicas colectivas y participativas. Por otro lado, la toma de las instituciones significa someterse a presiones económicas que tensionan permanentemente hacia la burocratización; los liderazgos individuales excesivamente fuertes no ayudan a resistir a estas tensiones. Frente a esto, los marxistas revolucionarios reconocemos la necesidad de los liderazgos como elementos de identificación fundamentales para estos procesos, pero comprendiéndolos de una manera “colectiva” (tanto en su composición plural como en el discurso que ofrecen) y siempre construyendo estructuras democráticas que los controlen.

2.3. Estas despreocupaciones sobre la centralidad de los intereses de la clase o la democracia y pluralidad de los liderazgos se basan en una concepción del Estado radicalmente distinta a la marxista, que lo conciben, grosso modo, como la herramienta de poder político que sofoca los conflictos de clase en favor de la clase dominante. El populismo tiene una visión parecida a la eurocomunista, que bebe de la concepción ilustrada del Estado: el aparato organizativo social en el que se cristaliza ese gran “contrato social” entre las clases. Un aparato fundamentalmente “neutro” que puede ser utilizado sin contradicción alguna por las clases populares para subvertir las relaciones de poder y establecer un contrato social más favorable para ellas. Para nuestra corriente, el Estado puede ser utilizado para desatar dinámicas de conflicto que permitan avanzar a las clases populares, pero su dinámica está condicionada a los poderes económicos, a la acción de otros Estados y a los consensos

establecidos sobre la legalidad (Constitución, etc.). Por tanto, si las clases populares se hacen con el poder institucional, el conflicto está asegurado, y para tener una correlación de fuerzas favorable se hace indispensable la autoorganización de la gente para sostener ese gobierno y articular un “doble poder” que cuestione las capacidades limitadas de un Estado capitalista. Sería similar a la apuesta de Trotsky de un “gobierno de los trabajadores/as y campesinos/as”, el control social en contraposición a una ilusión estatista.

Estas diferencias son suficientes para concluir que el marxismo revolucionario y el populismo son proyectos estratégicos bien distintos, pero también que es necesario “salvar” algunas ideas del populismo para reforzar nuestra hipótesis. Y esto debe hacerse estudiando cada caso concreto, sus dinámicas y limitaciones.

3. América Latina.

Los casos de Venezuela y Argentina son los ejemplos de populismo más o menos alineados a la izquierda de los que podemos extraer lecciones.

En Argentina, el corralito de 2001 crea una situación de vacío de poder que las clases populares no consiguen aprovechar. En base a este descontento cabalga el Kirchnerismo, que llega al gobierno de la mano de Néstor Kirchner, después sucedido por Cristina Kirchner, como estabilizador de la situación de explosividad social que se origina. Esta estabilización es lograda mediante una propuesta de enormes concesiones sociales que consiguen que el Kirchnerismo construya una identidad popular aceptada por grandes capas de la población y atravesada por un componente nacional argentino fuerte. En este caso, el populismo gana posiciones institucionales a costa de cerrar todo un proceso. Al actuar directamente como desmovilizador, nuestra corriente se opuso desde el principio al Kirchnerismo entendiendo que, por muchas capas populares que movilizase, la dinámica de apaciguamiento sólo podía empujar una recuperación de la legitimidad de las instituciones, no posibilitando una organización por la base que recondujera o criticase constructivamente desde dentro el proceso

El caso de Venezuela es muy distinto. Chávez toma el testigo del Caracazo y se vuelve un icono defensor fundamental de la revuelta popular, colocando los intereses de los más desfavorecidos y, gradualmente, elementos antiimperialistas, en la centralidad del proceso. La llegada al poder en 1998 le hará precisamente entrar en conflicto con

el marco institucional para abrir los procesos de movilización y de reforma que se había planteado. Enfrentará distintos obstáculos, como el intento de Golpe de Estado de 2002 o la deriva burocrática del partido, que le mostrarán la necesidad de profundizar y radicalizar el proceso. Esto lo expresa con claridad en el documento “Golpe de Timón” (disponible en aporrea.org), así como el hecho de que Chávez comenzase a identificarse como socialista a posteriori, es decir, en base a las experiencias concretas de confrontación con la estructura capitalista. Las tensiones constantes no resueltas entre intereses en el seno del chavismo acabarán escorando el proceso a la derecha y a la cerrazón de algunas experiencias positivas de autoorganización lanzadas en los comienzos. Esta es la concreción de las contradicciones del liderazgo “bonapartista” que señalábamos antes: al no resolver el conflicto, a la larga los intereses de la clase dominante acaban ganando posiciones, pues tienen toda la estructura económica de su parte. Nuestra orientación en Venezuela ha sido participar del proceso desde dentro, potenciando y reforzando a los intereses de las clases populares en el proceso y criticando constructivamente las derivas negativas del mismo, a la vez que manteníamos cierta independencia en materia de estrategia conformados en Marea Socialista.

4. Estado español. Podemos.

Para analizar el caso del estado español, hay que recordar que Podemos es una iniciativa lanzada entre Izquierda Anticapitalista y el entorno de La Tuerka. El contexto era el siguiente: desmovilización generalizada en la clase trabajadora tras décadas de paz social; caída de un bipartidismo basado en los consensos de la transición; explosión de demandas democráticas que se materializa en el 15M; declive del 15M y cristalización sectorial en las Mareas; declive de las Mareas, sensación de derrota, sustitución de la ilusión social por una de tipo electoral.

En esta situación era necesario lanzar un espacio que actuase como “frente único” que se plantease la toma de las instituciones de manera verosímil, para enlazar con las expectativas de la gente. El eje de dicho espacio debería ser la “democracia” como una de las claves más extendidas del momento. En sintonía con nuestro enfoque transitorio, este eje sobre la democracia debía trascender la crítica a la “casta política” y la corrupción, llenándola asimismo de contenido claramente social y “de izquierda”, reivindicando la democracia también para decidir acabar con los recortes y recuperar los derechos sociales. Esto supuso un choque de dos orientaciones distintas en el seno de Podemos. Precisamente en este contexto tiene lugar el auge de Ciudadanos, como

partido que también recoge las aspiraciones democráticas del momento, usando fundamentalmente la retórica de “lo nuevo” frente a “lo viejo”. Ciudadanos surge como fuerza de control, de estabilización, por lo que es respaldada por los medios y su imagen de responsabilidad es potenciada. Una fuerza como Podemos, etiquetada constantemente como “radical”, no podía competir por el discurso del “cambio sensato” propugnado por Ciudadanos, factor que condicionaría mucho la evolución negativa de Podemos y el refuerzo de Ciudadanos durante 2015. Esto muestra aún más la necesidad de haber profundizado en el concepto de “democracia” en el sentido social antes señalado, para distanciarse de los intentos del capitalismo de acercarse al sentir común para renovarse políticamente.

Una diferencia crucial con los casos latinoamericanos son las potencialidades del concepto “patria”. En el estado español, la “patria” entra en contradicción directa con el carácter plurinacional del territorio, representando la unidad de España la opresión sobre las nacionalidades oprimidas y la negación del derecho de autodeterminación. Por otro lado, la “patria” latinoamericana está muy ligada al antiimperialismo, mientras que en la nación española tiene una identidad política compleja pero ciertamente conservadora (si bien tradicionalmente la nación se asociaba a la “una, grande y libre” del franquismo, esta visión es sustituida progresivamente por un nacionalismo “democrático”, post-transición, que intenta mostrarse como apolítico para “renovar” la imagen de la nación y, por ende, sus instituciones; sólo en segundo plano encontramos algunas posiciones nacionalistas de izquierdas, inspiradas por lo general en la II República). Por estas razones, podemos decir que la “patria” en el estado español es un concepto difícil de disputar por la izquierda y con fuertes implicaciones negativas en lo político, sobre todo a nivel del derecho a la autodeterminación de los pueblos.

Como se analizaba en el segundo punto, los populistas, también en el estado español, subestiman las complejidades objetivas del Estado y sus instituciones, viéndolo como un espacio neutro que ocupar y utilizar. Esto no es sólo un problema que se vendrá “después de ganar”, como a veces se trata de separar. También condiciona el modelo de partido que se construye, la famosa “maquina de guerra electoral” que es puesta a punto en la Asamblea Ciudadana de Vista Alegre. Esto no es una excentricidad o una muestra de despotismo: es consecuencia de una hipótesis estratégica que necesita cerrar filas y anular el debate interno en favor de una figura líder individual que canalice el proceso. En efecto, aunque esto supondrá un bloqueo de la dinámica de autoorganización en los Círculos, la “máquina de guerra” necesitaba eludir el debate

político para comenzar una larga carrera en el que “cupiese todo el mundo”, más por ausencia de discusión sobre las diferencias que por acuerdo real. Salvo durante los repuntes municipalistas, durante 2015 los Círculos han sufrido un fuerte repliegue, hecho menospreciado por la corriente populista en tanto subestiman el papel de la autoorganización.

Frente a esto, nuestra corriente ha defendido la necesidad de un Poder Popular que sostuviese un hipotético gobierno que fuese a plantear la ruptura con el orden económico, siendo los Círculos el elemento interno clave, pero también siguiendo en la construcción de resistencias independientes y buscando formas de coordinar el frente político-electoral con el social como única forma tanto de ganar en lo electoral, pero también en lo político y lo social.

De cara hacia dentro, este modelo de organización es surtido de diferentes herramientas plebiscitarias para reforzar la imagen democrática del partido. Sin embargo, estas herramientas tienen una trampa oculta. Aunque el plebiscito es una herramienta potencialmente útil, sin un debate organizado en la base, se convierte en un modo de refrendar la línea dominante del partido, que es la única que trasciende a los afiliados (internamente, a través de la acción de la dirección; externamente, a través de las grandes figuras mediáticas del partido, en particular la figura líder), frente a las posiciones inicialmente minoritarias, que no tienen espacios para defender sus propuestas y están por lo general avocadas al fracaso y al desprestigio.

Ante ello, nosotros defendemos la necesidad de establecer estructuras efectivas de control democrático, pues de otra forma no estaríamos sólo creando un partido vertical, sino también ahuyentando de los Círculos a aquellos que, teniendo posiciones críticas, no encuentran cómo hacerlas notar.

A modo de breves conclusiones. La línea que debemos caminar en el estado español se ubica entre los peligros del adaptacionismo (sucumbir a la presión de la dirección, sacrificar la hipótesis política tratando de no ser minorizado, y del sectarismo (convertir la crítica en estandarte, tratando de construirse en contra de las debilidades de Podemos). Podemos sigue enlazando con las expectativas electoralistas de mucha gente y aún existen potencialidades en los Círculos que resisten la conversión vertical del partido. Por tanto, es necesario mantener siempre presente la hipótesis estratégica acompañando en la experiencia a la gente, hasta el momento que deje de ser una

herramienta útil para el avance de las clases populares mediante potenciar el discurso de ruptura y la autoorganización.